

Por qué no soy feliz, padre.

Una investigación sobre la figura del maldito

FRANCISCO CORDERO

Trama y Fondo

Father, why am not i happy? An inquiry into the accursed

Abstract

The accursed artist ("il maudit") is of great moment to understand the art emerging in modernity. Here, we inquiry into the dramatic question that artists like Rimbaud or Kafka utter: an essential request to reality which calls into question both the object and the subject who asks for.

Key words: Knowledge-seeking Questions, Consciousness-seeking Questions, Art, Accursed Artists

Resumen

El artista maldito (il maudit) es una figura clave para entender el arte que surge en nuestra modernidad. El artículo pretende establecer la interrogación profunda que artistas como Rimbaud o Kaffka profieren a la realidad, pregunta esencial que pone en cuestión tanto al objeto como al sujeto que las hace.

Palabras clave: Preguntas que buscan conocimiento, Preguntas que buscan saber, Arte y artistas malditos

"Compréndeme padre, te lo ruego"
Kafka.

El título de este escrito es una pregunta. Las preguntas son aquellos enunciados del lenguaje que permiten obtener información de algo. Permítasenos una división de las mismas; preguntas puede haber de dos tipos: aquellas que aspiran a conocer, y aquellas que aspiran a saber.

Ejemplo de preguntas que aspiran a conocer:

"¿A qué temperatura hierve el agua?"

Por otro lado decimos que están las preguntas que aspiran a saber. De éstas daremos más de un ejemplo; preguntas de saber son:

"¿Por qué existe algo y no más bien nada?"

"¿Estoy vivo o estoy muerto?"

"¿Qué es una mujer?"

La diferencia entre estas tres últimas preguntas y la primera no radica en su complejidad, antes bien, las preguntas que aspiran al conocimiento suelen tener una formulación más compleja.

La diferencia entre estos dos tipos de cuestiones radica en que, en la primera, es la cosa lo que se pone en cuestión, mientras que en las tres últimas además es el que pregunta el cuestionado, es decir, las preguntas que aspiran a la sabiduría comprometen la existencia tanto del objeto preguntado (¿cuestionado?) en su ser como la del mismo sujeto que formula la interrogación.



Con este planteamiento podemos progresar hacia la cuestión del encabezado y preguntarnos nosotros a su vez: ¿qué aspira a saber el maldito?

El malditismo (*il maudit*) surge dentro de la historia del arte a mediados del siglo diecinueve; el Marqués de Sade es su profeta, y la progresión que durante todo este siglo hará semejante concepción estética y vital del hombre la convertirá, ya en siglo veinte, en la "manera" por antonomasia del arte. El artista, realizándose a la sombra de esta idea, será sobre todo un artista maldito, admirado y seguido por esta cualidad.

Pero esto ya no sólo se quedaría en semejante esfera artística, en lo social también encontramos su caladero. Es el oropel de la neurosis. La conducta *border line*, el fracaso adoptado como decisión fundamental, la rebeldía sin causa...

¿Cuál es pues esa pregunta que el maldito le formula a la realidad, esa pregunta inconsciente que le abrasa y le maravilla al tiempo?

(Horacio Oliveira, el genial protagonista de la *Rayuela* de Julio Cortázar nos da una pista: "yo de un milagro no me sorprendo, de lo que me sorprende es de lo que hay antes y después del milagro, de un milagro nunca me sorprenderé", confiesa Horacio)

Por qué existe el Bien

Tal es a nuestro parecer aquello que el artista maldito aspira a saber.

De entre todos los poetas llamados "malditos" de la literatura francesa decimonónica destaca, ya entre sus mismos contemporáneos, Rimbaud.

En lo que puede considerarse como la mejor poesía francesa de su tiempo, *El barco ebrio*, el poeta dice:

*"¡He visto archipiélagos sidéreos!,
Islas cuyos cielos delirantes se abren al viajero
¿Es en estas noches sin fondo donde duermes y te
exilas
Millón de pájaros de oro, oh, futuro vigor?
¡Pero en verdad mucho lloré! Las albas son lastimo-
sas,
toda luna es atroz y todo sol amargo.
El acre amor me ha hinchado de tristezas embriagadoras.
¡Oh, que mi quilla estalle! Oh que me haga a la mar.
Si un agua de Europa deseo, es la charca
negra y fría donde, hacia el crepúsculo embalsamado,
un niño agachado, lleno de tristezas,
suelta un barco frágil, como una mariposa de mayo."*



El artista que vivió en el centro del huracán, quiere vivir en las aguas calmas.

Pero por encima de todo es Kafka la esfinge del artista maldito; su vida y obras son testimonios de la incapacidad para la acción, para la misma vida.

En su estremecedora confesión de vida, su celeberrima *Carta al padre*, el autor de *La Metamorfosis* se formula a sí mismo, y le formula en la tristeza retrospectiva también a su padre, una de esas preguntas a la que nos referimos, de esas que, parafraseando a Ortega, diríamos que, si yo no las salvo, no me salvo yo. Pregunta entonces Kafka:

"¿Por qué no me he casado?"

Esto en absoluto es una cuestión menor, veamos lo que piensa nuestro autor del matrimonio:

"El matrimonio es sin duda la seguridad de la propia liberación y de la suprema independencia".





No es baladí recordar estas consideraciones de Kafka, su palabra es empleada y recuperada para cantar al fracaso y a las sombras como una fiesta, como una salida airosa y genial al drama de vivir. Tal condición no es celebrada en absoluto por el autor, antes bien, la queja le conduce a la mayor profundidad de análisis, a reconocer que el acceso a la felicidad tiene que ver con la identificación con la figura paterna, esta mirada en lo profundo de sí desvela la elaboración profunda de este genio:

"sin duda el matrimonio es lo máximo y lo que concede una independencia más digna, pero se encuentra también en la más estrecha relación contigo (...) Tal como somos, el matrimonio me resulta prohibido por el hecho de ser precisamente tu dominio propio".

El hijo no puede llegar a ser padre y el padre no puede llegar a ser hijo, la identificación mutua no existe, su claro se patentiza en todo el preguntar de muchos malditos en el siglo veinte.

Pero recalquemos, para que no se olvide, una cualidad de esta *Carta al padre* de Kaffka: su valentía.

Quedémonos con esto, con el valor, como un componente para una nueva poética por venir.